



Artistic Dialectic between Tragedy and Misfortune in Oedipus the King

Authors: Lizdaribeth Josefina Torrealba Hernandez
Submitted: 7. November 2018
Published: 15. November 2018
Volume: 5
Issue: 9
Affiliation: Universidad Católica Santa Rosa (USCAR), Venezuela
Languages: Spanish, Castilian
Keywords: Oedipus the King, Tragedy, Misfortune, Myth, Poetics
Categories: DEMETRIOS Literary Works, Humanities, Social Sciences and Law
DOI: 10.17160/josha.5.9.495

Abstract:

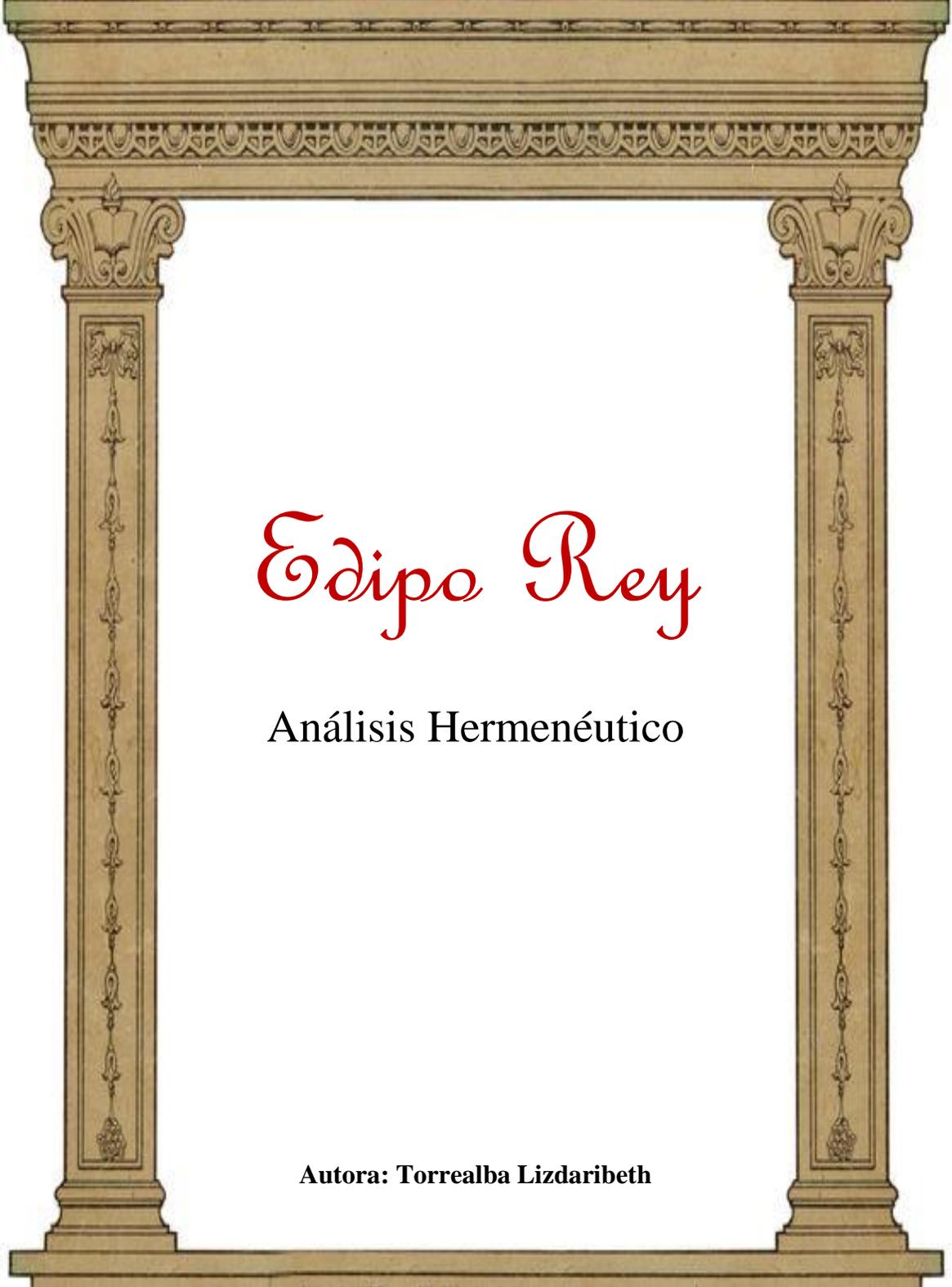
Destiny is that force which guides the will of the men, however, they want in many cases to go against that delineated force. The classic conception of tragedy glimpses the prevailing contradiction between happiness and misfortune. The tragic stories emerge as a living and very intense lesson about the decisions which men adopt freely without considering those extreme laws ruled by fate and by the gods. This work is oriented towards the philosophical and aesthetic study of the Oedipus Rex Tragedy by Sophocles. Likewise said writing is sustained under the philosophical and aesthetic foundations of Nietzsche and Aristotle. The essay entitled Artistic Dialectics between Tragedy and Disgrace in Oedipus Rex is presented as a hermeneutical analysis which tries to expose the paradoxical life of the swollen feet hero, from his birth, his origin, his adventures, feats and misfortunes; showing himself how one of the most necessary and idealized characters, within the Greek culture and the Greek aesthetics, could drag all his lineage to the center of the misfortune. The vertex of this essay focuses on the dialectic that exists between misfortune as the essence of the myth, and tragedy as an aesthetic category of this.

JOSHA

josha.org

**Journal of Science,
Humanities and Arts**

JOSHA is a service that helps scholars, researchers, and students discover, use, and build upon a wide range of content



Edipo Rey

Análisis Hermenéutico

Autora: Torrealba Lizdaribeth



ABSTRACTS

Author: Torrealba Lizdaribeth
November 2018

Artistic Dialectic between Tragedy and Misfortune in Oedipus Rex

Destiny is that force which guides the will of the men, however, they want in many cases to go against that delineated force. The classic conception of tragedy glimpses the prevailing contradiction between happiness and misfortune. The tragic stories emerge as a living and very intense lesson about the decisions which men adopt freely without considering those extreme laws ruled by fate and by the gods. This work is oriented towards the philosophical and aesthetic study of the *Oedipus Rex* Tragedy by Sophocles. Likewise said writing is sustained under the philosophical and aesthetic foundations of Nietzsche and Aristotle. The essay entitled *Artistic Dialectics between Tragedy and Disgrace in Oedipus Rex* is presented as a hermeneutical analysis which tries to expose the paradoxical life of the swollen feet hero, from his birth, his origin, his adventures, feats and misfortunes; showing himself how one of the most necessary and idealized characters, within the Greek culture and the Greek aesthetics, could drag all his lineage to the center of the misfortune. The vertex of this essay focuses on the dialectic that exists between misfortune as the essence of the myth, and tragedy as an aesthetic category of this.

Keywords: Oedipus Rex, Tragedy, Misfortune, Myth, Poetics.



RESUMEN

Autora: Torrealba Lizdaribeth
Noviembre, 2018

Dialéctica Artística entre la Tragedia y la Desgracia en Edipo Rey

El destino es aquella fuerza que guía la voluntad de los hombres, sin embargo, ellos desean en muchos casos ir en contra de esa delineada fuerza. La concepción clásica de la tragedia vislumbra la imperante contradicción que existe entre la dicha y el infortunio. Los relatos trágicos surgen como una viva y muy intensa lección sobre las decisiones que los hombres adoptan libremente sin tener en cuenta aquellas leyes extremas regidas por el destino y por los dioses. Este trabajo está orientado hacia el estudio filosófico y estético de la tragedia *Edipo Rey* de Sófocles. Así mismo, dicho escrito está sustentado bajo las fundamentaciones filosóficas y estéticas de Nietzsche y Aristóteles. El ensayo titulado *Dialéctica Artística entre la Tragedia y la Desgracia en Edipo Rey* se presenta como un análisis hermenéutico que trata de exponer la paradójica vida del héroe de los pies hinchados desde su nacimiento, su origen, sus aventuras, hazañas e infortunios; mostrándose así, como uno de los personajes más necesarios e idealizado dentro de la cultura y estética griega pudo arrastrar a todo su linaje al centro de la desgracia. El vértice de este ensayo se centra en la dialéctica que existe entre la desgracia como esencia del mito y la tragedia como categoría estética de este.

Palabras Claves: Edipo Rey, Tragedia, Desgracia, Mito, Poética.



Coro

Los hados nos arrastran; ceded ante los hados;
no sirve el inquietarse con preocupaciones
para cambiar los hilos del inmutable huso.
Todo lo que sufrimos la raza mortal,
y todo lo que hacemos viene de lo alto;
y Laquesis mantiene las leyes de su rueda,
haciéndola girar con mano inexorable.
Todo va por la senda que se le ha trazado
y el día primero ya señala el último:
no puede un dios cambiar el curso de unas cosas
que van encadenadas a sus causas.
Hay para cada cosa un orden fijo
que no puede cambiar plegaria alguna: a muchos
les perjudica el propio miedo; muchos
se encuentran con sus hados por temerlos.
Han sonado las puertas; por sí mismo,
sin guía alguno, privado de la luz
emprende su camino.

(Séneca. Tragedias II Edipo, 980-955).



Dialéctica Artística entre la Tragedia y la Desgracia en Edipo Rey

Todo es obra de los Dioses y no hay nada que ellos no sepan, sin embargo, la voluntad del héroe y más aún del desgraciado, está desprovista en principio de las predicciones ya marcadas en su destino por los Hados, tal es el caso del desdichado y muy humillado Edipo, que con sus aventuras y desventuras marcó la vida de su esposa y madre, de su padre Layo y de sus hijos, particularmente arrastrando con su desgracia a su hija Antígona, y convirtiéndose así para los tebanos –aunque sea imposible de creer- en un contradictorio salvador, ya que Edipo es el héroe que contrarresta con su desdicha la peste que arroja a los tebanos.

Edipo es uno de los personajes más necesarios e imperativamente idealizados dentro de la cultura y esteticidad griega, e inclusive, dentro de la práctica teatral; y esto se debe en principio: *Que no hubo un personaje más desgraciado dentro de la poesía trágica como lo fue Edipo Rey*. Si nos percatamos y nos adentramos sobre la lectura de la mitología griega, nos daremos cuenta de que todos los personajes, bien sean mortales, dioses, semidioses, héroes, etc, están marcados por un sello contradictorio pasional que invita al sufrimiento, al lamento, a la burla y al prejuicio, tal es el caso de Prometeo, Casandra, Orfeo, Hércules, Electra, Ícaro y Dédalo, y hasta los Reyes de Tebas, que consumados en perfecta unión descenden su devenir en la zozobra más colérica del mundo.

Sin embargo, la bendición más esperada para un Rey era poder presentar ante el reino un heredero, un ejemplar y próspero sucesor que asuma en su momento el trono ante la ausencia del padre Rey. Edipo, personaje marcado antes de su concepción por la desgracia, era hijo de Yocasta y Layo. Layo, de la raza de Cadmo y representante de Tebas, tomó como esposa a Yocasta, hija del noble tebano Menoceo, con la cual deseaba tener un primogénito, como suma de su amor, prosperidad, y unión. Tras la ausencia inmediata de un hijo, se cuenta que Layo consultó una vez al Oráculo de Delfos, obteniendo dicha afirmación: “Los Hados desean que tengas un hijo, pero de él sobrevendrán muchas desgracias, ya que matará a su padre y se casará con su madre”. Al respecto expresa Nietzsche, lo siguiente:



El personaje más doliente de la escena griega, el desgraciado Edipo, fue concebido por Sófocles como el hombre noble que, pese a su sabiduría, está destinado al error y a la miseria, pero que al final ejerce a su alrededor, en virtud de su enorme sufrimiento, una fuerza mágica y bien hechora, la cual sigue actuando incluso después de morir él (Nietzsche (1871). *El Nacimiento de la Tragedia*, pág. 107).

Séneca -Filósofo romano- relata en sus escritos trágicos el acontecer de la vida de Edipo, y la marcada desgracia que en él se acentúa y se acelera cada vez más: Se cuenta que la más noble acción la tuvieron los Reyes de Corinto para con Edipo, al momento de coger y velar por el infante que adolorido e ingenuo ante a la tortura, llevaba un delgado hierro que le atravesaba los pies. Los Dioses con su voluntad no tenían deparado para Pólipo y Mérope un hijo, por lo que al ver estos al desamparado niño, lo tomaron y lo legitimaron como el heredero que no pudieron tener. Así es, Pólipo un corintio y Mérope una doria se hacían ver como los legítimos padres de Edipo, y él muy acertadamente los veía y los sentía como sus verdaderos progenitores.

Al pasar los años los Dioses se encargaron de suscitar en Edipo una gran incertidumbre sobre su naturaleza, pero desde luego, ya la tragedia había empezado. La divulgación de un corintio sobre la dudosa procedencia del hijo de Pólipo, despertó en Edipo la necesidad de indagar sobre él mismo, teniendo así la voluntad de acudir al prestigioso Oráculo de Delfos, donde se le anunció la más abominable acción que un hombre pudiese cometer contra sus padres. ¡Cuán desgraciado ha de ser Edipo, el de los pies hinchados, ese que ha nacido para sufrir!

Ir en contra del destino era un reto casi imposible de lograr, y más cuando las Moiras, los Hados y los Dioses confabulaban para que las profecías fuesen cumplidas. El entretejido de infortunios se preparaba ya antes de Edipo ser concebido, es por ello por lo que los Hados querían que la fuerte unión de Layo y Yocasta trajera consigo un hijo, pues la fecundación de un primogénito en el vientre de la esposa de Layo preparaba toda la escena de la desgracia más completa y estructurada de la tragedia griega. La venida de Edipo al mundo era imperante, era el mal necesario que enlazase a la desgracia como herencia de los más



desvirtuados y desprovistos del poder de los dioses. ¡La vida de Edipo discurre en un devenir incierto para él, pero muy preciso para los dioses!

Los oídos de Edipo direccionados al timbre del Oráculo se agudizan al escuchar una verdad elegida por parte de los Dioses para él: ¡Tú hallarás a tus verdaderos padres en Fócida! -pero recuerda-: “Matarás a tu padre, te casarás con tu madre y dejarás una abominable descendencia”. La más terrible de las profecías ahora estaba presente en la mente del futuro padre de Antígona. No obstante, Edipo con la mirada perdida prospera a una extracción ocular, no tenía su consciencia preparada para asumir tal verdad, por lo que evade la prestigiosa y muy enigmática afirmación del Oráculo.

Edipo Rey aterrorizado y desmoralizado pretendió convencerse de que sus padres legítimos eran Pólibo y Mérope, y tras esta mentalización tuvo caución de ir a Corintio, pensando que la profecía pudiese cumplirse con sus padres no biológicos. Tal precaución le hacía creer a él que iba en contra de los Hados, pero inevitablemente el poder de los Dioses era muy fuerte, y más aun tratándose de una predicción. Edipo Rey marchó a Tebas ignorando de esta manera lo que hacía, mientras que los más poderosos del Olimpo apostaban por el cumplimiento de aquel augurio que le presentó el Oráculo de Delfos al desventurado. Por consiguiente, el futuro y segundo esposo de Yocasta, se acercaba cada vez más a su destino, ese al cual tanto le temía.

El cumplimiento de la profecía debía ser cumplido en dos momentos cumbres, la primera direccionada al siniestro de Layo cometido por su hijo, y el otro momento que concierne al segundo asesinato que ejerce Edipo, es decir, cuando este vence a la Esfinge. Deben ser resaltados estos dos hechos, pues ambos convergen en la total dimensión de la trágica profecía. Tanto la muerte de Layo, como la muerte de la Esfinge, traen consigo consecuencias y repercusiones lamentables, principalmente sobre el linaje del fallecido Layo.

Cuando afirmamos una y otra vez que los Dioses han estado antojados de la vida de Edipo, es porque implícitamente hay una complicidad entre estos dos hechos. Veamos: El primer suceso -La muerte de Layo- ocurre cuando la Esfinge sedienta de la sangre de los hombres hace de las suyas en Tebas; y posteriormente, cuando esta ha sido vencida por Edipo, poco después, como segundo suceso -Ante la muerte de la Esfinge- los Dioses se



manifiestan para desatar una consecuente tragedia devenida por la omisión de un juicio sobre la muerte de layo. Todo un acontecer paradójico y contradictorio, pero muy bien planificado por los Dioses.

La respuesta al enigma de la Esfinge, resultó ser la trampa perfecta para desencadenar en Yocasta, su futuro rey y los circundantes de Tebas, una nueva desgracia, que les aturdiría sin pasión alguna. Si Edipo no hubiese contestado el enigma presentado por la Esfinge, posiblemente este mismo hubiese muerto y no se hubiese concretado así la profecía. Pero como los Dioses lo saben todo y tienen una voluntad muy fuerte e imponente, aseguraron todo el panorama para que cada paso fuese concretado por Edipo. Así mismo, si Edipo no hubiese contraído nupcias con su madre, porque no pudo responder al enigma, hubiese tenido como premio a la omisión de una correcta respuesta, la muerte, pues ante la ignorancia la Esfinge se hubiese permitido devorarlo.

La doble desgracia que envuelve a Edipo -Haber matado a su padre y haberse casado con su madre- se pudo haber reducido en un principio a una sola desgracia, Pero ¿cuál? Pues si en ese momento en el que Layo fue asesinado se hubiese indagado sobre quién fue su asesino; Edipo -ese hombre orgulloso- que realizó el infausto asesinato, hubiese pagado y no hubiese tenido como recompensa la mano de su madre, al contrario, muy probablemente sólo hubiese obtenido su odio. ¿Pero, por qué motivo esto no sucedió? -Admitía Creonte ante Edipo, una vez interrogado por este último, sobre la evasión de dicho asesinato-: *La Esfinge y las funestas amenazas del infame enigma*. Esta amenaza obstaculizó ese piadoso deber. La acción de la Esfinge era un miedo mayor ante la muerte del padre legítimo de Edipo.

La peste que amenazaba a los Tebanos constituía para Yocasta y Edipo la mayor preocupación del momento, sin embargo, el trasfondo de dicho infortunio se consagra gracias a la victoria y recompensa que recibe Edipo al matar a la Esfinge. La muerte de dicho personaje alado y pluriforme constituye la más elevada y concreta desdicha, y este presupuesto se debe a lo siguiente: Si para Edipo fue un reto concluir con la vida de la Esfinge, pudiendo lograr que esta misma muriese, e incluso significar para los circundantes de Tebas, el Héroe valiente y estratega, -y añadiendo más- representar para la reina un futuro esposo fuerte y digno del trono, ¿Por qué dicha acción, se convierte en uno de los principales



motivos para que la verdad -aquella relucida por los Hados- se promulgara ante los oídos de Edipo? La respuesta es muy simple, y una y otra vez debe ser enunciada así: ¡Los dioses han elegido a Edipo para ser el más desgraciado de todos!

Lo indudable es, que Edipo ha sido el designado entre los Dioses para ser el más desgraciado, esta teoría nos lleva a formularnos las siguientes interrogantes: ¿Es una virtud o maldición, haber sido elegido entre muchos por los dioses para ser el más desgraciado de los desgraciados? O en tal caso ¿Realmente es un privilegio que los dioses escogiesen a Edipo como el más resistente de todos, es decir, como un hombre que puede con su sabiduría y temple soportar lo más doloroso y vergonzoso de la vida? Estas interrogantes suele ser polémicas y contundentes si se dogmatiza desde un sólo punto de vista, y con esto nos referimos a que hay una preferencia particular de los dioses por este héroe, es decir, por Edipo, donde todo está organizado y destinado previamente para él.

Dos son las argumentaciones coherentes para la anterior interrogante; la primera concierne al hecho de que Edipo sólo nació para sufrir, y por tanto no es una virtud, es una maldición; y por otro lado y muy contrariamente, que Edipo es el más digno de los héroes, porque ha sido entre muchos el más capaz y más fuerte para cargar con su desgracia.

Una tercera y muy justificada argumentación es que Edipo ha sido electo por ser el mejor representante para cohesionar a los hombres con el mito, e incluso con lo artístico de las escenas trágicas, logrando de alguna manera retraer al espectador y convertirlo en protagonista de la escena, y así mismo enseñarle lecciones importantes de la vida. En pocas palabras, a través de la tragedia de Edipo, se busca instruir al espectador a tener consciencia sobre el destino, sobre la muerte, sobre el poder, el amor y la pasión, sobre la venganza, el temor y el anhelo.

Con estas primeras interpretaciones hemos procurado hacer comprender e inducir al lector hacia la vida, tragedia y desgracia de Edipo Rey, pues este héroe y quizás muy humillado hombre, ha de ser el diamante que dará luz a la obra trágica, por tanto, es cumbre recurrir a todo lo relacionado con el más desgraciado de todos. Por otro lado, es relevante concebir la notable repercusión que enmarca la tragedia en la desgracia de Edipo y porqué esta última está tan ligada a la vida de sus más cercanos.



Habiendo resaltado todo lo concerniente al origen de Edipo, es menester comprender dos términos importantes y muy destacados en tan prestigioso mito: La *Tragedia* y la *Desgracia*. La tragedia, palabra que en griego se presenta como *τραγωδία*, está compuesta de *τράγος* que significa *Macho Cabrío* y de *ὄδη* que significa *Oda o Himno*, es decir, “*El canto de los machos cabríos*”, fue en principio sólo coro, es decir, un canto que nacía desde el fondo del universo y que era interpretado por los coreutas en honor a Dioniso. Por desgracia entendemos la mala suerte o infortunio, pues etimológicamente esta palabra proviene de la composición latina del prefijo *des* que es una negación y de *gratia* que se traduce por *agrado, gracia, simpatía, favor o don*, por tanto, la desgracia es una especie de *Suerte adversa*.

Muchos suelen no darle el lugar que cada uno de estos términos merece en cuanto al mito como representación posteriormente teatral. La tragedia no remite de inmediato a la zozobra o a la infelicidad, pero la desgracia sí tiene una connotación de impureza y desdicha, como por ejemplo la gran desgracia que arropa a Sísifo. La tragedia se debe entender como un marco dorado, pero de textura rugosa donde se ha de adentrar la desgracia del personaje o los personajes marcados por el destino.

Ha de existir una dialéctica y una proximidad entre ambos términos, entre desgracia y tragedia, entendiendo la primera como una necesidad intachable en el mito, y la segunda como una necesidad de abordar estéticamente esa desdicha. La dialéctica de la tragedia y la desgracia se cumplen bajo la alteridad que va a existir entre el personaje representado y el receptor de la obra, es decir, entre el desgraciado y el espectador que se vuelve protagonista cuando se logra conectar sentimentalmente con la contracción que embarga la esencia del personaje, logrando así sublimar su individuación para convertirse en reflejo primigenio del actor en escena. Aristóteles en su obra titulada “*El Arte Poética*” nos enuncia lo siguiente:

...la tragedia es reproducción imitativa no precisamente de hombres sino de sus acciones: vida, buenaventura y malaventura; y tanto malaventura como bienandanza son cosa de acción, y aun el fin es una cierta manera de acción, no de cualidad. Que según los caracteres se es tal o cual, empero según las acciones se es feliz o lo contrario. Así que, según esto, obran los actores para reproducir imitativamente las acciones, pero sólo mediante las acciones



adquieren carácter. Luego actos y su trama son el fin de la tragedia, y el fin es lo supremo de todo. (Aristóteles. *Poética*, 58-59; 1450 a).

En referencia a la anterior cita podemos constatar que la tragedia está directamente relacionada a la percepción del espectador y no tanto del actor en escena, es decir, si la tragedia es imitación en sentido aristotélico y esta misma representa una acción memorable y perfecta de magnitud competente, entonces ha de estar diseñada perfectamente y unidireccionalmente para el espectador como anteriormente se había vislumbrado, es decir, es un regalo del actor en escena que siente y padece la desgracia.

La dialéctica que existe entre tragedia y desgracia se resuelve de la siguiente manera: La tragedia como canto dirigido a los oídos del espectador, y como atmósfera estética. La desgracia como un sentimiento lastimoso y adverso que padece el personaje en cuestión, y que sólo puede ser aprehendida por el espectador cuando este mismo desgarró su principio de individuación, y se conecta con la naturaleza y esencia del personaje desdichado.

Una de las primeras señales de desgracia se vislumbra en el argumento que realiza el Sacerdote ante Edipo Rey sobre la situación inoportuna de la ciudad de Tebas. "...Y además la febril divinidad, la odiosa peste, se precipita y arrasa la ciudad, por cuyo motivo se está quedando vacía la casa de Cadmo, y el sobrio Hades se enriquece de lamentos y lloros". (Sófocles. *Edipo Rey*, 10-30). Percibimos como una primera desgracia se le presenta a Edipo, como una consecuencia de sus antecedentes, aunque este mismo desconozca que es él el causante de la miseria de Tebas. Dicho desconocimiento acentúa el impacto de la anagnórisis...

El héroe y salvador de dicha ciudad ahora se convierte en la desgracia de esta. Edipo, el personaje infortunado que con su don devenido por los dioses responde al enigma de la pluriforme Esfinge, será un desdichado y deberá pagar con su vida el hecho de haber matado a su padre y haber sido esposo de la madre que le fecundó. El reconocimiento por parte de Edipo rey, es cumbre y el principio revelador de toda la tragedia. Todo este reconocimiento inesperado y que propició en Edipo una especie de incertidumbre y asombro lo reconoció Aristóteles en *El Arte poética* como *Anagnórisis*.



La figura del héroe es sumamente trascendental, pues nos permite conocer cuál es la esencia de este mismo dentro de la tragedia. El héroe no sólo ese que hace grandes hazañas para con su pueblo, ciudad, familiares y más allegados, sino que es aquel que tiene algo de especial, algo místico y algo fuera de lo común, pero que no está desprovisto de una minuciosa desdicha.

Sólo hay héroe, en la acepción fuerte, en una dramaturgia que presente las acciones trágicas de los reyes o de los príncipes, de modo que la identificación del espectador tiene lugar en dirección a un ser mítico o inaccesible. Sus acciones deben aparecer como ejemplares y su destino libremente escogido. En cualquier caso, el héroe queda trágicamente apresado entre la ley divina, ciega pero irreprochable y la conciencia desgraciada pero libre (Pavis, P. (1996). *Diccionario del Teatro*).

Analizando la anterior cita podemos deducir una fuerte argumentación con respecto a ella, entendiendo que esta misma se basa en plenitud a la definición del término héroe. Primero, es impactante como la figura del héroe está asumida en principio por una estampa de jerarquía, que ha de tener poder y ha de ser de gran admiración para los comunes, este privilegio o escogencia si se quiere decir, nos induce a la idea de que es más trágica la desgracia de un ser inaccesible al cual se le tiene admiración y respeto, que a cualquier ser mortal desprovisto de poder, riquezas, triunfos y victorias; pues no es lo mismo la desgracia de un rey que lo ha tenido todo, que las penurias de un pregonero de la ciudad, pues no hay en su totalidad un aprendizaje o moraleja sino viene dada por la desgracia de los más elevados.

Segundo, cuando se habla de que las acciones deben ser ejemplares, se nos está enunciando que moralmente el héroe debe rezar en pro del bienestar y de la dicha de sus gobernados o sus seguidores, y debe actuar conforme a una ética que le hace ser aclamado y bienaventurado entre muchos. El héroe debe exhortar a los demás a realizar obras conforme al bien, pero a un bien interesado, pues no importa que tanto haya matado, e irrumpido si es acorde a un bien para la sociedad, familiares y cercanos; tal es el caso de Edipo que mató a



la Esfinge y procuró la paz para los circundantes de Tebas, he aquí el hecho de matar, no es un accionar negativo si se trata de la salvación y estabilidad de la muchedumbre.

Tercero, el destino del héroe es libremente escogido por los Dioses, cuestión que nos permite deducir de acuerdo con la lectura de Edipo, que esta máxima no está referenciada en lo absoluto a la vida de Edipo Rey, porque éste desgraciado no pudo escoger escapar de tan atroz destino. Aristóteles estipula que existen hechos atroces y otros tantos lastimosos, sin embargo, estos infortunios que no le permite al hombre ser plenamente feliz, son una consecuencia de nuestros actos; es así como el filósofo antiguo nos ejemplifica a través de grandes tragedias antiguas:

...Ahora bien: no se deben deshacer las tramas o argumentos tradicionales; me refiero, pongo por caso, a que Clitemnestra ha de morir a manos de Orestes, y Erífilo a las de Alcmeón. Conviene, sin embargo, que el poeta halle nuevas invenciones y use bellamente de las recibidas. Y diré con más claridad lo que entiendo por usar bellamente de ellas. Puede presentarse una acción como hecha a ciencia y conciencia, que así lo hicieron los poetas antiguos, y cual lo hizo Eurípides con Medea, matando a sus hijos. Y puedése también hacer que se cometa algo terrible, más sin saberlo, y después de hecho reconozca el parentesco — así Sófocles en el *Edipo*, donde lo terrible pasa fuera del drama, cuando en otros sucede en la tragedia misma; caso, el *Alcmeón* de Astidamas o el de Telégono en el *Ulises herido*. Y además de estos cabe un tercer caso: que quien está a punto de hacer por ignorancia algo irreparable, lo reconozca en el punto mismo de ir a hacerlo. Y fuera de estos casos no quedan otros; porque son necesarias las disyunciones: hacer o no hacer, a ciencia y conciencia o sin ciencia ni conciencia. (Aristóteles. *Poética*, 106-110; 1453 b).

Lo que procuramos hacer ver con la cita anterior es lo siguiente: Edipo no logró escapar de su destino, pues todo ya estaba preconfigurado y diseñado para que él mismo cometiera tarde o temprano lo ya predicho. Como cuarto y último punto referido a la cita que define el término héroe, resulta el siguiente presupuesto a analizar: *En cualquier caso, el héroe queda trágicamente apresado entre la ley divina, ciega pero irrepreensible y la consciencia desgraciada pero libre*. Este presupuesto ha de ser tajante, pues hay un juego y una especie de venganza por parte de los Dioses para con Edipo.



Este ensayo comenzó exponiendo la siguiente afirmación: “Todo es obra de los Dioses y no hay nada que ellos no sepan...” cuestión que nos hace encontrar un pequeño y no tan visible detalle dentro de los escritos de Sófocles, y esto se afirma porque los Dioses se han vengado de ese mortal, al cual ellos mismo le configuraron el destino. Edipo Rey representa la desgracia del hombre y no la desgracia de un Dios, es por eso que los Dioses y los Hados necesitaban a un ser entre seres, que lograra hacer ver a los demás que la dicha al igual que la felicidad se presenta de manera momentánea y efímera, a diferencia del sufrimiento, que es inherente a la naturaleza del ser humano, pues la contradicción de las pasiones y sentimientos que se resumen en sufrimientos es lo que constituyen las lecciones de vida, y con estas mismas hay que aprender a vivir.

Edipo era el héroe elegido para que los hombres reflexionaran sobre sus decisiones en el mundo, pero ¿Por qué no Hércules o Prometeo? En respuesta a tal interrogante, procedemos: ¡Puesto que cada héroe enseña desde su desgracia! Es por ello por lo que la advertencia de los Hados hacia Edipo fue expuesta ante este mismo de manera clara, empero, libre de interpretaciones. Se decía que el Laurel -planta consagrada a Apolo- era brindada a los Hados, como ofrenda para que estos mismos vislumbraran el destino deparado para aquella persona que acudía al Oráculo, -En este caso, Edipo-. Realmente, los presagios que enunciaba el Oráculo de Delfos constituían una imperante verdad, a la cual ninguno de los que solicitaban de él podían escapar.

Todo el rompecabezas debía ser armado por el mismo protagonista de la tragedia, Edipo. No obstante, cada pieza era fundamental y una de ellas es el gran sabio Tiresias, que, conducido por un niño, Sófocles lo representa como un ser carente de sentido de la vista, pero dotado de una gran inteligencia y percepción. Tiresias era un advino que aparece en muchos de los fragmentos mitológicos relacionados con Tebas, es, así pues, como podemos denotar su participación tanto en Edipo Rey como en Antígona.

La representación de este advino es trascendental en la escena, ya que es el único ser creíble y retador que logra confrontar la voluntad del hijo de Layo. En principio Edipo requiere de la presencia del ciego venerable y éste guiado por un ser inocente y desprovisto de corrupción, se dirige y presta atención al lamento del desgraciado Edipo:



Tiresias que todo lo abarca, lo enseñable y lo prohibido, lo celeste y lo que pisa sobre la tierra, la ciudad, aunque no ves, sabes muy bien sin embargo a qué enfermedad está unida. Como defensor y salvador de ella, señor, sólo a ti te encontramos. Febo, a no ser que algo hayas oído a los mensajeros, a nuestra embajada nos contestó a su vez diciendo que la liberación de esta dolencia sólo vendría si, tras llegar a conocer con acierto a los que mataron a Layo, les diéramos muerte o los expulsásemos de nuestra tierra en calidad de desterrados. Pues bien, tú no nos desniegues la voz que viene de las aves, ni si alguna otra senda de arte adivinatorio posees, y sálvate a ti mismo y a la ciudad, sálvame a mí, sálvanos de toda impureza de este muerto. En tus manos estamos. El que un hombre preste ayuda con lo que tiene y puede es el más hermoso de los afanes. (Sófocles. *Edipo Rey*, 290-310).

“Pero a donde me llama la patria, a donde Febo, allí voy yo: descubramos los hados. Si mi sangre fuese joven y ardorosa, yo recibiría al dios en mi pecho”. (Séneca, *Tragedias II Edipo*, 295-300). Los Dioses se manifiestan ante el reino de Edipo y Yocasta, con gran molestia solicitando al líder buscar al culpable de la muerte del rey Layo; en vista de esta situación, y más aún, de la peste que comprimía a los Tebanos, Tiresias decide seguir la voluntad de Apolo, apostando por el conocimiento del todavía anónimo asesino. Muy en el fondo del ser de Tiresias se hallaba la gran verdad; una verdad que él mismo temía confesar a Edipo.

Sin embargo, la insistencia del actual y muy agobiado Rey irritaba al gran sabio que gracias a su don percibía la perenne desgracia que se le venía a Edipo. Pero en un acto de ingenuidad, Edipo hace gran uso de su poder interrogando sin parar, ¿Quién ha sido el culpable del fallecido Rey Layo? sin percatarse que, en cada insistencia disparada hacia el sabio, se visualizaba la imagen de él, de ese hombre al cual los Dioses le han abandonado.

Vemos como Edipo cree conseguir la salvación para él y los tebanos desde la intervención de Tiresias, una falacia que en principio le llevará al adivino a retractarse de su presencia, pues gracias a su don se ha dado cuenta de que la desgracia proviene de Edipo, y por tanto rehúsa (Tiresias) de continuar con su discurso. Edipo cree ver un sentimiento de egoísmo en Tiresias, en cuanto que este último no responde ni desea continuar hablando y debatiendo con Edipo, pues en realidad la contestación que buscaba el Rey de Tebas no era oportuna para él mismo, es por esa razón que el ciego venerable se rehúsa.



Hablamos de *Peripecia*, porque paulatinamente la vida de Edipo empieza a cambiar, a medida que este mismo va tejiendo y concatenando los acontecimientos que le han hecho ser el más desgraciado de todos. Una vida ya configurada y determinada por los dioses, aunque bien dominada y dirigida por Apolo. Replica Tiresias a Edipo: “No te derrumbará el destino por obra mía, puesto que se basta Apolo, al que interesa llevar esto a su total cumplimiento”. (Sófocles. *Edipo Rey*, 370).

Edipo, ante el gran sabio Tiresias reclama una respuesta y pregunta una y otra vez: ¿Dime quién se manchó las manos matando al Rey? Con suma confusión Tiresias exhorta a Edipo a suplicarle a la divinidad de Plutón, y para eso se debía indagar en las penumbras del mundo oscuro. Edipo inhabilitado para ese viaje delega a Creonte -posible sucesor de Edipo al reino- que no siendo rey podía servirle, para que él atendiera con sumo poder el reino. En principio esta delegación de Edipo hacia Creonte se debe a una simple y muy coherente razón: A los reyes no les era lícito participar en ritos de evocación de los muertos, ni en sacrificios a los dioses infernales.

El camino para salvar la nación era el infortunio de Edipo, es por ello por lo que Creonte se niega a expresar lo que se le ha revelado: ¡No querrás saber lo que se me ha vislumbrado! ¡Desearás no haberte enterado de lo que ahora con excesivas ansias tratas de saber! Pero la imperatividad de un rey encolerizado y sediento de tan severa verdad alerta a Creonte, y este con deseo de no decir lo que realmente era una pena para el Rey, prescinde su mensaje por minutos; sin embargo, y siendo Edipo la suma autoridad de la nación, la omisión de la palabra para Creonte no era una opción, él debía decir lo que sabía, y esto mismo debía ser direccionado a quien pedía una respuesta, es decir, Edipo, el causante de toda la peste y penurias que arropaban a la nación que el mismo gobernaba. Creonte luego de la insistencia de Edipo, empieza a relatar todo su viaje y todo aquello que observó, escuchó y sintió, pues al mismo Layo en el mundo oscuro pudo oír:

«Oh, feroz casa de Cadmo que siempre te complaces en derramar sangre familiar, agita los tirsos; mejor, con tu mano poseída por un dios destruye a tus hijos... El más grande delito en Tebas es el amor maternal. Patria, no es la ira de los dioses sino el crimen lo que te arrastra. No es el funesto sople del



Austro el que te trae la aflicción ni es la tierra, necesitada de la lluvia del cielo, la que causa tus daños con su seco aliento, sino un rey sanguinario que, tras comprarlos a precio de cruel asesinato, se ha apoderado del cetro y del incestuoso lecho nupcial de su padre... Odiosa prole; pero, aun así, es peor como padre que como hijo: ha vuelto de nuevo a ser causa de gravidez para ese infausto vientre. Él se ha llevado a sí mismo a las entrañas en que nació y ha vuelto a hacer que su madre engendre una criatura impía, y, cosa que rara vez suelen hacer las fieras, él mismo se ha engendrado sus propios hermanos... Es un mal intrincado, una monstruosidad más laberíntica que su célebre Esfinge...>>. (Séneca. *Tragedia II Edipo*, 630-640).

Las palabras de Creonte han impactado el ser de Edipo, y una vez más el sabio Tiresias ha confirmado su augurio, pregonando al Rey: “Digo que tú eres el asesino de aquel hombre, el asesino al que buscas” (Sófocles. *Edipo Rey*, 360). La necesidad de una suspensión del ser acaricia fríamente a Edipo, pues ya intuye que pudo haber sido él el tan buscado asesino de Layo. Pero Edipo nunca se llegó a imaginar que ese hombre al cual se encontró en un estrecho sendero era su padre; no obstante, en un principio nunca tránsito por su mente la idea de que ese hombre el cual él asesino antes de coronarse como Rey y esposo de Yocasta era el Rey Layo. La soberbia, el orgullo y la voluntad de un hombre con fuerza casi hercúlea pudo más que el respeto y que la razón; el instinto masculino de dos líderes, de dos hombres con sangre viril, pudo más que la conciliación; sin embargo, esto no pudo ser de otra manera: Edipo tenía que matar a su padre, porque los dioses deseaban esta tragedia para él.

¡En que buena Hora escapé del centro de mi padre Pólibo! -Exclamaría Edipo una vez ya conocida toda la verdad-. Una verdad ya consignada por los Hados, pero desconocida en principio por el mismo protagonista de la inefable tragedia. Edipo se convirtió posteriormente en el aire nocivo y pernicioso que respiraba todos los tebanos, un aire tan dañino como el que expiraban los circundantes al ver a la pluriforme criatura asesina: La Esfinge.

Hasta este punto se ha logrado exponer parte del desarrollo de la tragedia de Edipo Rey, considerándose así, los pasajes más distinguidos que emiten el desenlace del mito, sin embargo, hay algunos elementos simbólicos y constitutivos dentro de la obra de Sófocles que



debemos retomar: Uno de los elementos es la presencia de la Esfinge y todo lo que concierne a ella; pues cierto es que el reto de la Esfinge estaba destinado para Edipo y no para cualquier otro mortal. ¿Si Tiresias tenía el don de penetrar en la naturaleza mediante su ciencia augural, porqué motivo este mismo no pudo contestar el enigma de la Esfinge, si él conocía ciertos secretos de la naturaleza? O ¿Por qué mediante su don él no pudo salvar a los circundantes de Tebas y tener el reconocimiento de estos mismos como su héroe? En respuesta a esta interrogante, argumentamos lo siguiente: No debía ser Tiresias, ni mucho menos Creonte, ni cualquier otro mortal, y mucho menos ningún ser divino, debía ser Edipo y nada más que él, que mediante una muy efímera intuición debía sin tanto razonamiento dar respuesta al enigma.

La Esfinge constituye una de las piezas fundamentales en el rompecabezas de Edipo, era él el único que podía dar respuesta a tan metafórico enigma, pues ninguno de los actos de este Rey podían ser sublimados, todos eran necesarios para que este mismo fuese el más desgraciado de todos, aunque cierto es, que gracias a esta hazaña, el hijo de Yocasta se convierte en principio en un salvador; he allí un segundo rasgo de la *Peripecia*: cómo Edipo como salvador, posteriormente pasa a convertirse en el mismo mal que preocupaba a los circundantes de Tebas, es decir, si antes los tebanos eran azotados por la Esfinge y este miedo había sido arrebatado por Edipo al matarla, ahora este mismo (Edipo) se ha convertido en una amenaza para los mismo tebanos, habiendo sido antes ellos muy alabado salvador.

No es casualidad que el enigma que propuso la Esfinge esté relacionado con la vida del hombre, y de alguna manera con la cólera que le embarga a este mismo cuando se hace cada vez más viejo y más inútil. Le manifiesta Edipo a Tiresias un argumento lógico y evidente sobre el enigma de la Esfinge:

...Porque, ea, di, ¿En qué ocasión has sido tú un adivino veraz? ¿Cómo, cuando la perra cantadora (Esfinge) aquí estuvo, no dijiste algo liberador en bien de estos ciudadanos? La verdad es que el enigma no era propio de un hombre corriente razonarlo, sino que se necesitaba del arte adivinatoria. Y ésta tú no revelaste tenerla como cosa conocida ni proveniente de las aves ni de parte de alguno de los dioses, sino que fui yo, Edipo el que nada sabía, quien a mi llegada le di fin, consiguiéndolo con reflexión y no por aprenderlo



de las aves. Y a éste tú ahora intentas arrojarlo fuera con el propósito de ponerlo al lado del trono rígido por Creonte. Con lágrimas me parece que tanto tú como el urdidor de esto llevaréis a cabo la exposición purificadora. Y si no pensara que eres un anciano, con tus propios sufrimientos comprendería que clase de cosas exactamente estas ideando. (Sófocles. *Edipo Rey*, 390-400).

Ya lo hemos dicho, y lo confirmamos de nuevo, ¡El enigma era imperativamente para Edipo y no para cualquier otro ser! Tiresias un poco enojado y ofendido por la cólera de Edipo, le sugiere a este que vea con los ojos que él no ha de poseer, la desgracia que se acentúa sobre su esencia. Es por ello por lo que el sabio Tiresias decide manifestarle imperantemente a Edipo su consideración sobre el orgullo que le arroja y no le deja conciliar ni vivir, y, por tanto, se hace ver como un hombre desgraciado y repudiado ante los ojos de los dioses y ante la mirada de los hostigados por la vida.

Aun cuando seas el soberano, se ha de tener el derecho igualitario de responder por igual al menos, pues también yo de esa prerrogativa soy dueño, ya que no llevo una existencia a ti esclava, sino a Loxias, de forma que no estaré inscrito bajo el patronazgo de Creonte. Y te digo, puesto que ahora me ultrajaste de ciego, que tú tienes vista y no ves en qué punto de desgracias está, ni dónde habitas, ni con quiénes vives. ¿Acaso sabes de quién procedes? Tampoco te das cuenta de que eres enemigo de los tuyos allá abajo y aquí arriba sobre la tierra. Y a ti la Maldición de pie terrible con doble filo de tu madre y de tu padre te arrojará un día fuera de esta tierra, a ti que ahora miras recto, mas luego en tinieblas. ¿De tu grito qué lugar no será puerto? ¿Qué Citerón no hará eco de aquél ya pronto, cuando te enteres del tálamo al que en tu casa sin fondeadero arribase tras una feliz travesía? Y no adviertes la multitud de otros infortunios que te igualarán a i a tus hijos. Ante esto insulta a Creonte y a mi boca. La verdad es que ninguno hay entre los mortales que vaya a ser tana aniquilado de raíz alguna vez de forma más infortunada que tú. (Sófocles. *Edipo Rey*, 410-420).

“Nadie entre los hombres será tan duramente maltratado por el Destino como tú”.

¿Quién desearía seguir viviendo bajo tal predicción? El personaje de Edipo como héroe trasgredido por el destino y los Dioses, se convierte en una reproducción que adquieren los espectadores, cuando estos mismo se sienten identificados con su pesar, no por los crímenes que haya cometido este Rey, sino porque a cada uno de los mortales les toca vivir parte de



una desgracia impuesta por el destino, que ha de ser muy diferente a la zozobra de los demás, pero que sin embargo puede ser compartida.

Cuando se lee a Edipo Rey, no sólo se están leyendo presupuestos y versos trágicos, sino que, dependiendo de la conexión del espectador o receptor con la obra, se está viviendo la tragedia del desgraciado, y, por tanto, padece el que se refleja en tal armado personaje trágico. Lo trágico de la tragedia, es que ella emana la necesidad de la desgracia de los personajes en la obra, y la belleza de la tragedia es que esta misma posee uno de los elementos fundamentales que caracterizan a la obra trágica, ese elemento es el *Pathos*, que permite la conexión entre el espectador y la obra. A través de este elemento el receptor se convierte en reflejo del personaje en escena. Este mismo es cautivado a un máximo nivel, es retraído y se convierte en protagonista de la circunstancia, hasta tal punto que se siente rodeado en una gran ilusión figurada.

Hay una distinción entre lo *Trágico* y la *Tragedia*. Según Pavis (1996), lo trágico es considerado como un "Principio antropológico y filosófico que se encuentra en otras diversas formas artísticas e incluso en la existencia humana"; sin embargo, Ricoeur (1953) atañe y complementa con la siguiente definición: "...lo trágico es mostrado en primer lugar en obras trágicas, operado por héroes que existen plenamente en el imaginario".

Según estas definiciones, es menester dilucidar el padecer de Edipo, es decir, ¿Cómo llamar a la mancha que lleva Edipo sobre su ser, tan semejante a la piedra que carga Sísifo día y noche? ¿Nos hemos equivocado acaso en concederle el término de desgracia a la desazonada vida de Edipo, o debemos considerar dichas desgracias más bien como lo trágico? En respuesta a esta interrogante, nos permitiremos romper un poco con ciertas definiciones, para considerar que lo trágico en Edipo, es haber sido un personaje arquetipo de la tragedia griega que vivió en desgracia y que influyó con su destino desgraciado en la vida de sus más cercanos.

La tragedia y lo trágico se definen esencialmente en función del efecto producido sobre el espectador. Además de la célebre purga de las pasiones (que no sabemos exactamente si es eliminación o purificación de tales pasiones, el efecto trágico debe dejar en el espectador una sensación de elevación del alma, un enriquecimiento psicológico y moral: es por ello por



lo que la acción sólo es verdaderamente trágica cuando el héroe ofrece en sacrificio al público este sentimiento de transfiguración (*terror y piedad*). (Pavis, P. (1996). *Diccionario del Teatro*).

Lo sublime de la tragedia es que no limita al espectador a un sólo estado de emoción, pues paradójicamente se debate entre lo pasional, triste, colérico, eufórico, simplemente, en una moción contradictoria, tan perfecta y análoga a la melodía conformada por los tonos consonantes y disonantes en el canto colosal del coro en honor a Dioniso. Lo bello de la tragedia es que traspasa cualquier esencia sin ningún interés, pues ataca la voluntad del ser que desea mediante su subjetividad formar parte de la obra trágica, hasta convertirse en una obra de arte. Lo estético de la tragedia es que logra ofrecer una atmósfera de sensaciones inherentes a la naturaleza del hombre, cuestión que sólo se puede lograr a través del *Pathos* y de la conexión entre el personaje de la escena y el espectador; sin olvidar que también ofrece un estado de purificación y reconocimiento (*Catarsis*), que sólo se puede lograr a través del reconocimiento de la obra trágica.

Nietzsche en su obra *El Nacimiento de la Tragedia*, enfatiza que el hombre es creador y también ha de ser obra de arte, pero este último estado donde el hombre se desdobra y se ve a sí mismo como una obra, que se logra cuando este se siente identificado con el héroe trágico. *La Catarsis es una consecuencia y uno de los objetivos de la tragedia*, afirma Aristóteles en la *Poética*, pues al propiciarse piedad y temor, como sentimientos contrarios, se produce la purga que es inherente a tales emociones. La catarsis no escapa de ser un placer estético, pues surge de la contemplación de un arte y de la esencia de un personaje que penetra en la fibra del espectador que lo interpreta, asimila y lo hace completamente suyo.

Lo que nos ha llevado a escribir estas líneas, es la búsqueda del porqué hay tanta miseria en la vida de Edipo y posteriormente en los personajes que se presentan en la obra trágica *Antígona de Sófocles*, donde cada actor es más desgraciado que el otro. Ciertamente nos hemos dado cuenta de que hay una necesidad de desgracia en cada personaje de la tragedia y es allí donde encontramos lo trágico de cada uno de ellos, pues es imprescindible que cada personaje sufra y cargue consigo una especie de culpa, para convertirse así en una



referencia que vislumbre a los espectadores, que la vida en su máxima expresión no es perfecta y mucho menos delicada con los sentimientos de cada hombre.

Cada ser del universo en algún momento ha sido una proyección de un Edipo, de una Antígona, de una Ismena, de un Hemón o de un Creonte según sean las circunstancias; lo notable es que todos estamos marcados por el destino y no somos ajenos a la desgracia. La tragedia es tan estéticamente perfecta, porque en ella hay simetría y sus elementos están muy bien conjugados, sin embargo, Aristóteles nos enuncia que una obra es realmente trágica cuando hay un cruce de destinos entre el personaje desgraciado y sus seres más allegados y querido, pues es más trágico ver sufrir a un ser querido que a un enemigo, al cual por naturaleza se le desprecia, es por eso que la vida de Antígona está marcada por la desgracia de su padre, y la vida de Creonte es tan desgraciada como lo fue la de Edipo.

La representación de Antígona es sumamente sublime, pues al igual que Sócrates consigue morir por un ideal y no limitarse a imposiciones; y aunque morir no era un prejuicio para ella, le angustiaba saber que su hermano no iba a ser enterrado: “Tú no debes morir a la par que yo, ni hagas cosa tuya aquello en lo que no participaste. Sera suficiente con que yo muera” (Sófocles. *Antígona*, 540). Esta exclamación constituye la catarsis del espectador como reminiscencia de Antígona; pues este personaje, nunca desistió de ser y hacer lo que su voluntad le impulsaba. Ella tenía muy claro su misión en el mundo y cuan manchada y sin embargo afortunada era. En cambio, su padre asumía su desgracia sin saber un motivo o razón, eso es lo realmente lamentable y desgarrador de Edipo, estar tan marcado por el destino y ser considerado por los dioses como un medio, y no como fin...

La desgracia de Antígona no es tan sufrible como la de Edipo, su padre; y esto sucede porque a pesar de que los hijos del desgraciado rey de Tebas estaban marcados al nacer, por ser hijos de un infortunado y desdichado que profanó incestuosamente el vientre de su madre y esposa Yocasta, ellos -Hijos de Edipo- estaban al tanto del deshonor y vergüenza que les embargaba. Pues así le expresaba Antígona a su muy temerosa e hipócrita hermana Ismena:

Hermana de una misma y común progenie, Ismena, ¿Sabes cuál puede ser de las desgracias resultantes de Edipo la que Zeus dejará sin cumplir sobre nosotras dos mientras aún vivimos? Nada ni doloroso ni carente de locura ni



vergonzoso ni indigno hay que yo no haya visto entre tus desgracias y las mías. Y ahora, ¿Qué proclama es esa a su vez que dicen que el general ha dispuesto hace poco para la ciudad en pleno? ¿Sabes algo, ha llegado algún rumor a tus oídos? ¿O es que te pasa desapercibido que contra los nuestros avanzan ataques enemigos? (Sófocles. *Antígona*, 10).

No hubo una buena herencia por parte de Edipo a su muy sufrida hija Antígona, sino más bien, ella heredó su desgracia, que muy inteligentemente como toda una sabia supo llevar hasta el día de su muerte. ¡Pero qué quedo para la familia de Edipo, sino una vida llena de atrocidad y dolencias! La desgracia persiguió a cuanto ser él pudiese amar y al cual ser él amó en dicha. Y es así pues como cada muerte prosperaba en el linaje del asesino de Layo y de la Esfinge, evidenciándose un largo tramo de eventos desagradables: Edipo se reventó los ojos luego de saber que él había matado a su padre y que posteriormente se había acostado con la madre que le fecundó, esta misma a su vez se quitó la vida con un cordón trenzado, y los hermanos de Ismena y Antígona, es decir, Polinice y Etéocles se dieron muerte uno al otro hiriéndose mutuamente y así alcanzando los dos la desgracia como herencia de su padre. Actos seguidos: Antígona era prometida de Hemón hijo del muy rebelde Creonte que sentencia a la honorable nieta de Layo a muerte, por la razón de darle esta misma sepultura a uno de sus hermanos.

Creonte por rebeldía se rehúsa a cambiar de decisión y su hijo creyendo injusta esta acusación consigue a su prometida muerta, trayendo como consecuencia su propia muerte ante tal atrocidad. Eurídice, esposa del tirano se entera y se desgarró en llanto propiciándose así, -cuan suicidio de Yocasta- la muerte en segundos. Vemos pues como todos estaban liados por la desgracia de Edipo, un hombre marcado por el destino y manchado por los dioses, un hombre exiliado de todo lugar y enloquecido por sus lamentos, un hombre que sin saber y tratando de evadir lo predicho incurrió propiciando una desgracia tras desgracia. Por su lado, Antígona sellada por la desdicha, arrastró a su prometido a la muerte, y desesperada la madre del varón y bajo la decepción de su marido, esta misma perece, quedando ante los ojos de los dioses el tirano Creonte, que ha de ser infeliz como el que respondió al enigma de la Esfinge.



Es interesante llegar a vislumbrar a través de todas estas líneas la magia de los términos impregnados en el mito, pues ya se conoce que la desgracia es inherente a la naturaleza humana y que todos los personajes avivados por Sófocles en la Tragedia forman parte de una gama ilusoria de esencias que llegan a transformar y cautivar la vida de quienes le observan. Es realmente un regalo de Sófocles haber diseñado tan impecablemente esta tragedia, con el fin de hacer que el lector y más aún el receptor se sienta envuelto en un delirio onírico, contradictorio pero muy estético a la vez. Atañerle una conclusión a este ensayo es tratar de cerrar muchas ventanas por donde el aire quiere seguir entrando, por tanto, es preciso considerar que hay muchos e infinitos temas que abordar con respecto a la Tragedia de Edipo Rey, pues Sófocles fue tan dinámico en sus líneas que es imposible de no seguir armando el tan nombrado rompecabezas que señalábamos anteriormente.

Lo bello del mito es poder ser partícipe activo del dinamismo en que versan los actos, por tanto nos despedimos con la confirmación de la siguiente alegoría: La tragedia es un barco donde navegan muchos personajes distribuidos en cada uno de los extremos del mismo, todos sopesan y confluyen como esencias necesarias y contradictorias, que hacen que la tragedia como obra artística sea original y diferente a las demás; es así pues como un Creonte y un Tiresias son necesarios dentro de la obra, o como un Hemón y una Eurídice son indispensables para la trama, o también, como un Layo y un Edipo son imprescindible para el devenir de la dicha y la desdicha. Por tanto, la desgracia ha de ser el mar, que es turbulento, precipitado, y que proporciona angustia, pero que se convierte en una necesidad para llevar a flote el barco que necesita andar para conseguir y conciliar su destino (*Catarsis*), y sin importar las vueltas inesperadas que este mismo dé (*Peripecia*) se mantiene a flote por una moción proveniente del poder y la fuerza de cada uno de los tripulantes (*Pathos*)...



BIBLIOGRAFIA

➤ **Obra Principal**

Sófocles. *Áyax, Las Traquinias, Antígona y Edipo Rey*. Introducción, traducción y notas de José M. Lucas de Dios. Alianza Editorial.

➤ **Fuentes consultadas**

- José M, Pabón S, De Urbina (2009). *Diccionario Manual Griego clásico-español*. VOX, España.
- Nietzsche, F. (1973). *El Nacimiento de la Tragedia*. Editorial Alianza.
- Pavis, P. (1996). *Diccionario del Teatro*, Traducción de Jaume Melendres. Editorial Paidós.
- *Poética de Aristóteles*. Versión directa, introducción y notas por *Dr. Juan David García Bacca*. Universidad Nacional Autónoma de México.
- Séneca, *Tragedias II Edipo*. Introducciones, traducción y notas de Jesús Luque Moreno. Editorial Gredos.